

RICARDO ALEGRÍA, UNA VIDA EN DEFENSA DE LA CULTURA *puertorriqueña**

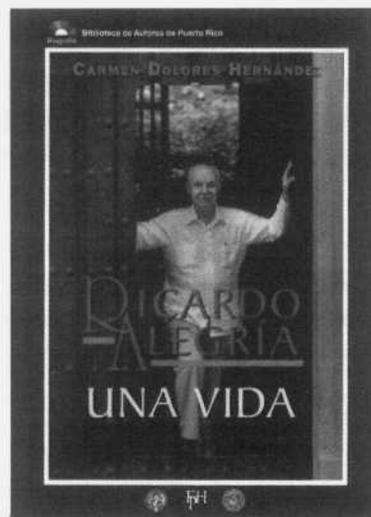
Carmen Dolores Hernández

Poco podía yo imaginar, aquel ya lejano día de abril de 1990 en que entrevisté por primera vez a Ricardo Alegría en su oficina del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, como parte de mi trabajo periodístico, que esa visita sería la primera de muchas. Lo que de él sabía entonces era lo que conoce todo puertorriqueño: había sido el primer director ejecutivo del Instituto de Cultura Puertorriqueña, responsable de la transformación del San Juan que yo había visto cambiar ante mis ojos juveniles en los años cincuenta y sesenta. Su impulso, además, le había provisto a la gente de mi generación una serie de estímulos artísticos que nos enseñaron a apreciar el arte, la música y el teatro de nuestra propia tierra.

Al conocerlo me di cuenta de que el diálogo que a través de sus gestiones continuas había establecido él con su tiempo y mediante el cual había ampliado y modificado las percepciones de muchos de lo que es la cultura puertorriqueña, podía continuar fácilmente en persona. Por eso, cuando cinco años más tarde se me encomendó la tarea de escribir la biografía de don Ricardo, la magnitud de la oportunidad se me hizo inmediatamente presente. No titubeé y no me equivoqué.

Entrevistar a don Ricardo a lo largo de semanas y de meses que se fueron convirtiendo en años fue un raro privilegio. A través de sus palabras y de su trato conocí a un hombre excepcionalmente dotado para la labor histórica que le tocó desempeñar; a través del hombre conocí mejor al país que me vio nacer y comprendí también la necesidad urgente de establecer con esta tierra un compromiso que exige el pensamiento constante y creativo sobre sus problemas y la búsqueda de soluciones que lo conviertan en un lugar mejor y más coherente para vivir.

En su caso, el compromiso de pensamiento y de acción con Puerto Rico se encarnó en una serie de instituciones que han sido clave para el quehacer



cultural y artístico de nuestra Isla. Hasta el espacio físico que habitamos los que vivimos en la ciudad de San Juan ha sido transformado por su visión y el empeño que ha puesto en convertirla en realidad. Me pareció apropiado, por eso, vincular inicialmente cada etapa de su vida con un edificio específico ligado a ese momento, como manera de evidenciar las sucesivas encarnaciones de su pensamiento, la manera que ha tenido su biografía de habitar la conciencia de los puertorriqueños, creando —al señalar hacia un pasado compartido— un ámbito propicio para la convivencia y para posibles concordancias.

A lo largo de las entrevistas celebradas, lo que comenzó con respeto y prosiguió con la admiración se tornó en aprecio tanto por él como por su esposa, Mela Pons de Alegría. Ambos me abrieron las puertas de su casa y compartieron conmigo sus recuerdos y sus vivencias. A través de ellos accedí a un pasado que hasta entonces había tenido algo de mítico. Las décadas de los veinte y los treinta —y también la de los cuarenta— le

* Introducción al libro *Ricardo Alegría. Una vida*, de Carmen Dolores Hernández, Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, Fundación Puertorriqueña de las Humanidades, Instituto de Cultura Puertorriqueña y Academia Puertorriqueña de Historia, San Juan, 2002. Este libro fue enviado personalmente por don Ricardo Alegría al director de *Archipiélago*.

habían pertenecido a mis padres y habían sido, por lo tanto, un horizonte referencial y no vivencial. La década crucial de los cincuenta, durante la cual se iniciaron en Puerto Rico muchas de las grandes transformaciones que se dieron en el campo de la cultura, la viví de joven, sin darme cuenta de la enorme energía y de los múltiples recursos y transacciones puestos en juego para que se obraran tales transformaciones. Revivir esas épocas a través de las experiencias de Don Ricardo Alegría fue recuperarlas de un modo inmediato. Comprendí entonces que su obra de vida había sido no sólo establecer un horizonte común de referencias pesadas sino actualizarlas para posibilitar un mejor futuro.

Las épocas más recientes —ya vividas conscientemente por mí— adquirieron nuevas dimensiones al verlas a través del prisma de la actividad y las experiencias de don Ricardo y al compartir con él mis propias reflexiones sobre ellas. Y si bien fui buscando una historia —que se identificó en muchos renglones con la de todos nosotros— encontré, tras ella, a un hombre fuera de serie. Amable y accesible, es sencillo y persuasivo al hablar y al escribir, pero nadie debe llamarse a engaño, porque su pensamiento toma en cuenta las complejidades que supone una sociedad como la puertorriqueña, formada por elementos diversos —raciales, sociales, culturales— y transida por corrientes de pensamiento y por visiones de mundo que pueden ser diametralmente opuestas.

Toda vida humana es en último término —como decía Plutarco— una “tierra incógnita” por donde se aventura el biógrafo. Toda conciencia y toda acción surgen de una serie de estímulos y vivencias que nadie puede llegar a conocer del todo, ni siquiera el propio sujeto de la conciencia y la acción. Pero acercarse a una figura como la de don Ricardo Alegría puede, en cambio, ofrecer una visión más clara de los recursos que utilizó un puñado de hombres que a partir de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX cambiaron al país, reorientándolo hacia un tipo de gestión colectiva que lo ayudó, no sólo a salir de la postración económica, sino también a cobrar conciencia de sus posibilidades, tanto materiales como culturales.

Lo que haya pasado luego con ese proceso y el juicio que sobre él se conforme, resultan ser materia para sesudos analistas e historiadores. Lo que me interesaba a mí en este libro era más bien dar cuenta —a través de la actividad de Alegría— de las transacciones internas, de las relaciones de poder, de amistad, de trabajo, de colaboración y competencia establecidas entre un grupo de hombres que, cada cual a su manera, tuvo un efecto profundo sobre nuestro devenir. Entre ellos se encontraron Luis Muñoz Marín, Teodoro Moscoso, Jaime Benítez, y desde luego, Ricardo Alegría. Su interacción fue clave para conformar una época.

¿De dónde venían, ideológicamente hablando? ¿Cómo se relacionaban entre sí; cómo fue la coordinación de sus diversas actividades dentro de la administración pública? En el caso de Alegría, ¿cuál había sido su experiencia personal? ¿Qué estrategias puso en práctica, qué recursos tenía a su disposición?

Dos circunstancias, una vivencial y otra de índole intelectual, ayudan a entender —a mi juicio— los parámetros de la acción de esta figura.

Perteneciente a una familia de clase social acomodada, hijo de un padre prominente en un momento en que la prominencia permitía el acceso a un mundo social más reducido, pero más coherente que el de hoy, conoció desde pequeño el poder de las relaciones que le permitirían luego pulsar aquellos registros de trato personal que tan importantes son en nuestro país —y en nuestra región entera— para impulsar cualquier obra de envergadura. La disposición afable y el trato tolerante de Ricardo Alegría, su carencia total de arrogancia, le han permitido trabajar eficazmente con las más diversas personalidades del país y ejercer una influencia muy amplia. A pesar de su cortesía, no ha rehuído conflictos ni ha dejado nunca de defender sus principios y sus posiciones; a pesar del sosiego que proyecta, su actividad nunca cesa. Sabe ejercer su influencia por la persuasión antes que por la fuerza; prefiere la transacción a la coacción y su arma más eficaz está en el impulso arrollador de sus convicciones y en la pureza de sus intenciones, que se dirigen siempre a lo que considera un bien común.

El ejemplo de su padre, José S. Alegría, líder cívico, figura política y social en el San Juan de la primera mitad del siglo XX, hombre identificado con su entorno en el sentido de que lo entendía y vivía a cabalidad, fue muy importante en su vida. De él aprendió a valorar la vida ciudadana y a comprometer su pensamiento y acción en la búsqueda del bienestar de la tierra natal. Fue también don Pepe Alegría un modelo de los modos en que se puede pasar del pensamiento a la acción y se puede influir en una colectividad: a través de la actividad social, periodística, artística; del trato directo y de la cercanía al poder político.

Pero si bien la figura carismática del padre fue importante en la trayectoria del hijo, también lo fue, para su horizonte de referencias culturales, la influencia de un país de la región cuyas actividades e instituciones parecen haber dejado una impresión muy grande sobre él: México.

Resulta difícil, desde la perspectiva de hoy, en que hemos perdido cierta amplitud en nuestro marco de referencias culturales pese a la alegada intercomunicación del mundo, calibrar la importancia que para el Caribe tuvo la nación azteca durante la primera mitad del siglo XX. Sin ejercer en absoluto una hegemonía política, México

ejerció una hegemonía cultural. Su cultura popular —su música, sus películas, sus artistas—, su pensamiento (con figuras magnas como Alfonso Reyes y José Vasconcelos), además de sus artes plásticas y sus instituciones, resultaban familiares en el Puerto Rico en el que nació, se crió y despertó Ricardo Alegría a la conciencia. José Vasconcelos, en particular, había dejado una impresión indeleble en nuestra Isla —que visitó en los años veinte— con sus teorías sobre la potencialidad cultural latinoamericana y la superioridad de una mezcla fructífera de razas. Su gestión educativa en México, donde convergió un número significativo de artistas e intelectuales latinoamericanos, entre ellos Pedro Henríquez Ureña, Haya de la Torre y Gabriela Mistral y de donde surgió, en gran parte por su iniciativa, un poderoso movimiento artístico que se consideró netamente americano —el muralismo mexicano—, se adscribió a una visión antropológica que alentó la formación de una conciencia nacional por medio de la cultura. Este pensamiento produjo, en último término, entidades como el Instituto Nacional de Antropología e Historia y fortaleció otras como el Museo Antropológico y la Universidad Nacional Autónoma de México. El ánimo de Alegría, hijo de uno de los fundadores del Partido Nacionalista Puertorriqueño, era terreno abonado para esas influencias: así lo confirma su deseo juvenil de ir a México a estudiar una disciplina, la antropología, de la cual sería el primer profesional puertorriqueño.

También los Estados Unidos, donde finalmente cursó sus estudios graduados de antropología —en dos de las mejores universidades de aquel país, la de Chicago y la de Harvard—, dejaron una impresión profunda en el aún muy joven Alegría. El acceso que tuvo a grandes profesores, a grandes antropólogos, a grandes instituciones, le permitió conocer los mecanismos de comunicación y de trato en el seno de una comunidad de estudiosos y científicos. La impresionante disponibilidad de los profesores y de las instituciones adscritas a esas universidades para compartir el saber y las investigaciones, le dio también un recurso con el que siempre ha podido contar.

Pero cada hombre es, en último término, su propia persona y son las características de su temperamento las que deciden su derrotero. Tres rasgos del carácter de Alegría han sido determinantes en el curso de su carrera brillante: su sentido de proporción, que nunca lo ha abandonado, la seguridad que siempre ha tenido en sí mismo y su perseverancia.

Lo primero le ha propiciado una adaptación cabal al medio en que nació y en el que ha desarrollado su actividad. Don Ricardo lo conoce en sus posibilidades y en sus limitaciones y ha adecuado a él su actividad. Sin menospreciarlo nunca, tampoco lo ha sobrevalorado ni se

ha entregado a expectativas irreales. Ese sentido de proporción le ha servido bien para aprovechar coyunturas y para trabajar con lo que tiene a mano, permitiéndole alcanzar logros que a todos han sorprendido.

Su seguridad le ha dado un aplomo envidiable que le ha permitido sobrevivir en medio de las críticas acerbas y de los ataques, a veces mezquinos, de un medio pequeño. Si su sentido de proporción le ha permitido comenzar sus trabajos en pequeño, su visión certera y segura le ha permitido proyectarse hacia lo grande. Como don Quijote, Ricardo Alegría ha podido siempre decir: “Yo sé quien soy y sé quién quiero ser (y hacer, añadiríamos en su caso)”. Y eso es: un puertorriqueño que piensa en puertorriqueño, que actúa en puertorriqueño y que coloca a Puerto Rico en el centro de su vida, de su actividad y de su pensamiento.

Su perseverancia, por último, le ha permitido vencer numerosos obstáculos que hubieran amedrentado a muchos otros en su posición. La trayectoria de Alegría ha sido un ejemplo de fidelidad a unos principios, a unas ideas y a un propósito. Nunca se ha olvidado de un proyecto meritorio: pueden pasar años entre su génesis y su consecución, pero el plazo —al fin y al cabo— se cumple. Sucedió con el Centro de Estudios Puertorriqueños del que habló mientras era estudiante en Río Piedras y que estableció 30 años después al crear el Programa de Estudios Puertorriqueños, primero en el Instituto de Cultura y luego en el Centro de Estudios Avanzados. Tampoco se ha interrumpido la dirección general de sus esfuerzos ni la continuidad de sus trabajos. Sus sucesivos puestos —como subdirector y director del museo de la UPR, como director ejecutivo del ICP, como director de la Oficina de Asuntos Culturales y también del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe y del Museo de las Américas— no han sido sino instrumentos que le han permitido llevar a cabo, por diversos medios, un programa cultural con parámetros siempre equivalentes. Al ámbito universitario de sus comienzos le siguió el ámbito gubernamental, en el que llegó a alcanzar el nivel de secretario de gabinete en la Oficina de Asuntos Culturales y luego el ámbito de la educación superior y de la empresa museológica. Una sola intención y diversos medios y vías para ponerla en práctica: ésa ha sido la historia institucional de Ricardo Alegría.

Tal diversidad de empresas, llevadas a cabo con un mismo propósito, refleja también la amplitud y adaptabilidad de la personalidad cultural de Alegría, que es arqueólogo, antropólogo, educador, conocedor del arte, coleccionista, historiador, administrador público, museólogo, restaurador, escritor y editor.

El libro que he escrito es, sobre todo, una biografía que tiene en cuenta la proyección pública de la

persona, pero que presenta también sus años de formación, ya que éstos explican algunas de las perspectivas que informan su vida posterior.

Se trata de una primera aproximación —por fuerza incompleta— a una vida muy rica en proyectos, actividades, obras y relaciones. He tratado de ofrecer un poco del trasfondo histórico y vivencial de los momentos en que Ricardo Alegría llevó a cabo la mayor parte de su acción polifacética, aunque queda para otros abundar en la complejidad de una época de cambios y modernización en Puerto Rico, una que ha dado pie a tantos debates críticos de orden historiográfico y sociológico que quedan al margen de este esfuerzo.

No he intentado hacer un análisis de la abundante producción bibliográfica de Alegría ni de su labor pionera como arqueólogo o museólogo, ni de la que ha llevado a cabo como historiador. Todas esas profesiones ha ejercido —de manera destacada— el sujeto de esta biografía, además de llevar a cabo una importante labor institucional en agencias gubernamentales de índole cultural durante más de veinte años. El análisis de cada uno de esos empeños queda para los especialistas de las diferentes disciplinas. Hay ciertamente, material abundante para un buen número de libros que concentre sobre cada aspecto en particular.

La investigación me ha tomado cinco años. He recurrido mayormente a dos fuentes de información: las entrevistas por un lado, y los documentos primarios y los verídicos, por el otro. Muchas personas que fueron testigos no sólo de la acción de Alegría, sino también del momento en que se llevó a cabo, han compartido conmigo esos recuerdos. Lo he entrevistado —sobre todo— a él mismo. Ésa ha sido la parte mejor y más disfrutable del trabajo, al permitirme un acercamiento privilegiado a su propia percepción de los eventos. Don Ricardo ha sido generoso con sus recuerdos. No puedo dejar de mencionar aquí la generosidad paralela de su esposa, Mela Pons de Alegría, que también me recibió incontables veces en su casa, dándome así acceso al contexto diario de la vida que comparte con su esposo y, sobre todo, poniendo a mi disposición el magnífico archivo organizado por ella, un verdadero tributo de su dedicación.

Es ese archivo la base del segundo gran recurso de investigación que he señalado: los documentos relativos a Alegría y a sus actividades. La gran mayoría de ellos es desconocida e inédita, incluyendo una verdadera riqueza de cartas personales y profesionales que completan la historia conocida y consignada en libros. He recurrido también a la información que ha aparecido en los periódicos a lo largo de los años de actividad de mi biografiado. Es allí donde mejor se refleja el día a día del quehacer del país y las pequeñas controversias que a veces se encuentran tras las grandes y duraderas decisiones.

Muchos de esos periódicos los he consultado en el archivo de la familia Alegría-Pons, en el que se conserva una multitud de recortes que me ha dado acceso a información que de otra manera hubiera sido muy difícil de encontrar. También de utilizado los magníficos recursos de la Colección Puertorriqueña de la Biblioteca José M. Lázaro de la Universidad de Puerto Rico, los de la Fundación Luis Muñoz Marín y los de la biblioteca del Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe. Las fuentes periodísticas se han consignado en notas al calce y no en la bibliografía, así como también se han consignado de igual manera los documentos existentes en el archivo de la familia Alegría-Pons: cartas, memoriales, apuntes, etcétera.

Aunque he tratado de mantener al mínimo las notas al calce, mucho me temo que he fallado en este intento; no he podido menos que documentar la procedencia de las informaciones que se ofrecen en el texto, sobre todo en las referencias a las instituciones con las que estuvo asociado Alegría. En donde no aparece referencia alguna sobre la procedencia de la información, se debe inferir que se trata del resultado de las comunicaciones directas con las personas a quienes he incluido en mi lista de agradecimientos. Ruego la indulgencia de los lectores en el caso de que las notas interrumpan en demasía el flujo de la lectura. Quienes no estén interesados en la documentación y la ampliación de la información pueden prescindir tranquilamente de ellas.

Le he añadido al libro tres apéndices que, a mi juicio, completan la información consignada en el texto sobre instituciones asociadas con Alegría o sobre aspectos de su obra. El primero de los apéndices resulta particularmente importante porque amplía la información —necesariamente selectiva— que se da en la obra sobre los diversos programas que estableció Alegría en el Instituto de Cultura Puertorriqueña.

Espero que la lectura de este libro pueda ayudar a otros —como me ha ayudado a mí su escritura— a ampliar, aunque sea inicialmente, su conocimiento de una parte fascinante de la historia cultural de nuestro país. ■

Carmen Dolores Hernández. Profesora e investigadora puertorriqueña, doctora en Filosofía y Letras con especialidad en literatura y miembro de número de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española. Colaboradora de periódicos y revistas de su país y el extranjero, ha publicado tres libros: *Manuel Altolaguirre, vida y literatura*; *De aquí y de allá. Libros de Puerto Rico y del Extranjero*; y *Puerto Rican voices in english. Interviews with writers.*